



Instituto
de arte
contemporáneo

Nuevo libro de Ángel Cerviño: ¿Salpica Dios como un expresionista abstracto?

Publicado 14-10-2016

Este proyecto narrativo, que bien podría subtitularse *aventuras y desventuras de un narrador omnisciente*, aborda, a través de un collage de voces y cuadros escénicos, los conflictos, algo más que alegóricos, de un narrador omnisciente que ve arrebatados sus derechos de autoría, y aun su propia existencia, por un autoproclamado todopoderoso, omnipresente -y siempre invisible- Autor.

El narrador, aliado al fin con algunos personajes de los relatos en que está trabajando, comenzará una infructuosa (y descacharrante) *quête* del Ser que parece dirigir sus destinos, con el propósito de presentarle uno y otros sus reclamaciones.

Balanceándose en incontables idas y venidas, trastabillando en acuerdos transitorios, asentado sobre un fondo resbaladizo e inestable en el que ningún desarrollo parece el definitivo y ninguna decisión irrevocable, el pacto de lectura acabará por convertirse en el verdadero protagonista de la obra.

capa_salpica-pequen%cc%83a

(Portada: Imagen de Isaac Pérez Vicente)

Ángel Cerviño. Ha publicado los libros: *¿Salpica Dios como un expresionista abstracto?* (Editorial Balduque, Cartagena, 2016), *Impersonal* (Amargord Ediciones, Madrid, 2015), *¿Por qué hay poemas y no más bien nada?* (Amargord Ediciones, Madrid, 2013), *El Ave Fénix solo caga canela, y otros poemas*, con el que resultó ganador del XV Premio de Poesía Ciudad de Mérida, (DVD Ediciones, Barcelona, 2009), *Teleprompter* (Centro Torrente Ballester, Ferrol, 2009), *Kamasutra para Hansel y Gretel* (Ediciones Eventuales, Madrid, 2007), y numerosos textos críticos en torno a las nuevas prácticas artísticas en revistas, catálogos y publicaciones de arte contemporáneo.

Texto contraportada:

"No sé si ya lo he dicho antes: trabajo de narrador omnisciente -¡con algo hay que ganarse la vida!- y mi misión, como es público y notorio, consiste en saberlo todo acerca de la historia de que me ocupo en cada momento; los vericuetos encubiertos de la acción o las condiciones atmosféricas de cada escenario no

deberían tener secretos para mí, he de estar también advertido del disimulado afecto o la animadversión declarada que los personajes se profesan, de sus fobias y filias más privadas; mi tarea es ordenar y dosificar, siguiendo prefijadas pautas y estrategias, la información que el autor se muestre dispuesto a suministrar al lector. Nada debería escapárseme, al menos ese era el plan, pero me temo que el artilugio ya no funciona exactamente así en los últimos tiempos, a veces tengo la sensación de que ellos –los personajes- van por libre y hacen lo que les da la gana, incluido jugar conmigo al escondite, como acaba de verse. No, no corren buenos tiempos para nuestro gremio, no abunda el trabajo y en el poco que hay las condiciones laborales resultan cada vez más degradantes. Se nos exigen claudicaciones impensables hace sólo unas décadas: poner voces, disfrazarnos y, como un personaje más, salir temblorosos a escena con nuestros mal memorizados parlamentos -¡lo nunca visto!-; de un tiempo a esta parte la situación contractual se ha desquiciado y cualquier autor recién llegado nos lleva y nos trae a los narradores de la ceca a la meca, haciendo cabriolas y equilibrios sobre una lata como cabra de gitano, en fin, y perdonen el galicismo, se espera de nosotros que juguemos un papel.

¡Cuánto daño ha causado a esta profesión la metanarrativa!"